



LENGUA, LITERATURA Y CULTURA: ASPECTOS CONSTRUCTORES DE LA IDENTIDAD NACIONAL¹

Orlando J. Vidal Leiva²

RESUMEN:

En este estudio, se abordan los aspectos estructurales de la enseñanza de la lengua y de la literatura como elementos fundamentales en la prospección y definición de nuestra identidad nacional. Prospección del legado cultural hispano e identidad en cuanto la objetivación regional de este legado.

Se pretende consignar el uso particular de la lengua y la manifestación literaria, en su bi-dimensionalidad, la internalización de la realidad externa y su respectiva exteriorización.

Consignar, además, la enseñanza de la lengua mediante el uso como instrumento posibilitante del dinamismo cultural que caracteriza a toda comunidad y que permitirá la diferenciación nacional y regional.

Finalmente, establecer que el desarrollo de las competencias lingüísticas, semánticas y léxicas son las que permitirán, de manera particular y diferenciada, toda manifestación cultural, ya sea en el uso de la lengua o a través del fenómeno literario, centrando en estos aspectos la enseñanza de la lengua y de las literaturas nacionales en todo proceso de identificación cultural.

Palabras claves: Lengua, literatura, diferenciación, cultura, identidad.

ABSTRACT:

*LANGUAGE, LITERATURE AND CULTURE:
BUILDING FACTORS OF NATIONAL IDENTITY*

The study tackles the founding of teaching of language and literature as fundamental in the prospection and definition of our national identity. Prospection of Spanish cultural legacy and identity as regional objectivity of this legacy.

This study wishes to consign the particular use of the language and literary manifestation in its bi-dimensionality, the internalization of external reality and its exteriorization.

To consign the teaching of language through its use, as instrument of cultural dynamism that characterizes the whole community and that will allow national and regional differentiation.

Finally, establishing that the development of linguistic skills permit all cultural manifestations, whether in spoken or written form, to focus teaching of language and literature on these aspects in any process of cultural identification.

Key words: Language, literature, differentiation, culture, identity.

Dentro del marco temático de este congreso internacional: Humanidades y, desde luego, el nombre de éste: “Palabra y Cultura en América Latina: herencias y desafíos”; hay ya una aseveración implícita que nos permite una relación indisoluble entre lengua y cultura; más aún cuando se especifica a través de la subtitulación: herencias y desafíos. Esto nos permite inducir una relación temporal entre pasado, presente y futuro; vale decir bases, proyección, decurrencia y prospección. Necesariamente, debiera incorporarse un cuarto aspecto:

¹ La bibliografía en la que se apoya esta propuesta está dada por Xavier Zubiri, Hans-Georg Gadamer y Rafael Echeverría.

² Vidal Leiva, Orlando, Departamento de Castellano, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

posesión o autoposesión de nuestra cultura. Aspectos que nos insertan en el concepto de identidad nacional y que permiten, a su vez, que se mantenga el dinamismo y el refluir recíproco entre lengua y cultura. Sumamos, en atención a nuestro propósito, a la literatura, y tendremos, entonces, todos los elementos que nos posibilitan la construcción de la identidad nacional.

Si bien es cierto que la mayoría de los conceptos consignados en el párrafo anterior ya han sido abordados satisfactoriamente por cada una de las disciplinas que tienen a cada cual como objeto particular de investigación; también lo es que no siempre se ha establecido una relación fundante entre ellos ni tampoco se ha evidenciado del todo la refluencia y reciprocidad de cada uno de estos componentes. De la misma manera, no se ha constatado en qué consiste y cuáles son las consecuencias de ello. Por tanto, el propósito de esta propuesta es redefinir los términos estipulados en el título y dar cuenta de los procesos involucrados. Junto con ello, señalar los aspectos que participan en este proceso y las consecuencias de éste en cada individuo de un grupo social determinado, como la identidad y la pertenencia a éste.

Como antecedente es oportuno traer a colación la cultura griega clásica, pues ésta centró toda su actividad política en el profundo significado del término educación; vale decir, preparaba a los integrantes de su comunidad para trascender de una esfera privada a una pública, con el propósito de entregar una nueva forma de existencia humana en la cual, aquéllos que habían superado la necesidad, participaran como individuos en los asuntos de la *Polis*, esto es que se hicieran presentes con libertad, de igual a igual, sin violencia y a través del discurso como únicos garantes de la democracia. Este hacerse presente, en cuanto presencia individual, constituye, desde luego, un comportamiento, que pone de manifiesto un ser particular, digamos una muestra cultural que, en el conjunto, y su frecuencia, se define como una identidad. Jamás en nuestro desarrollo histórico, hemos vuelto a constatar este carácter. Demás está decir que la literatura de la Grecia clásica es popular en cuanto representa y se ven representados en ella la totalidad de un pueblo. Del mismo modo, la lengua adquiere prioritaria atención que se evidencia en los diferentes textos en los que se aborda el tema del lenguaje y de la lengua como fundantes de toda humanidad; aspecto que pasa a ser en Ulises una quinta virtud, junto con la fortaleza, templanza, prudencia y justicia.

Sobre la base de lo señalado cabe preguntarse qué hace que este pueblo logre esa concepción cósmica y unitaria tan especial que, de una manera u otra, nos alcanza en nuestra evolución, y que les permitió a ellos un desarrollo cultural junto con una identidad nacional hasta ahora insospechada dentro de nuestra occidentalidad; occidentalidad sujeta a una dinámica de cambios cada vez más acelerados de una generación a otra. A pesar de ello, de algún modo, hemos intentado emular de los griegos, a lo largo de nuestra historia, esa unidad espiritual que los caracterizó. Ciertamente, la literatura y la lengua jugaron un papel esencial en esa construcción, tanto que en la formación de los jóvenes, y futuros “*políticos*”, *hombres de las 'polis'*, el papel imprescindible en su formación como un ideal y condición humana por lograr no puede ser negado.

Desde luego que para la obtención de esos objetivos (desarrollo cultural e identidad) el lenguaje es un factor esencial; entendiendo —claro— el lenguaje como una capacidad; específicamente, una capacidad de contemplación vedada para las otras especies animales y que, según los griegos *nous*, es el requisito primordial para la condición humana. Capacidad que consiste en la apertura al mundo exterior, al mundo de las cosas, sean éstas materiales o inmateriales y desde esa apertura la retención de sus esencias (o verdades), internalización

que debe ser fijada, modelada, significada y valorada en términos de lenguaje. De lo contrario, sólo queda en una suscitación de tipo estímulo que no mantiene validez alguna en cuanto no es acumulable ni modifica al individuo que se abre al mundo externo. Pues bien, la exteriorización de lo retenido, en cuanto esencia de las cosas en el mundo, únicamente es posible a través de una lengua y el modo para ello es el discurso, sea éste oral o escrito. Este comportamiento requiere del desarrollo de las competencias léxicas, lingüísticas y semánticas. En otras palabras, esa apertura que, en primer término, está posibilitada por una biología, al final de la suscitación, necesariamente, queda limitada al lenguaje, por lo que podemos aseverar que la calidad de la percepción está determinada por el desarrollo de esas capacidades. Si sumamos, en palabras de Xavier Zubiri, que la realidad está dada por cosas sustentadas en el lenguaje y traspasadas por una lengua, deberíamos concluir que la noción de realidad que toda persona posea dependerá del desarrollo de las capacidades mencionadas; situación que se traduce en que la realidad, en cuanto un espacio formado por cosas que se sustentan en una lengua, no es igual para todos en cuanto no todos tienen, de igual manera, desarrollada esas capacidades. Ahora, si aceptamos que el comportamiento también está sujeto al desarrollo de capacidades, llegaríamos a la conclusión que todos los individuos que comparten un espacio y una lengua determinada serían diametralmente distintos; lo que, a su vez, nos lleva a una paradoja: es imposible la identidad nacional por cuanto no hay una percepción unitaria de la realidad, tampoco una paridad en el desarrollo de las capacidades que constituyen el lenguaje. Así, la propuesta no tendría sentido alguno en cuanto no hay posibilidad de compartir y referenciar las cosas que se comparten en el mundo, vale decir, la realidad; siendo la realidad el punto de partida para la identidad y la definición cultural.

Entonces, lo primero, es resolver el problema que nos plantea la dualidad lenguaje-lengua. Ciertamente, cuando hablamos de lenguaje estamos haciendo referencia a una capacidad; y esta capacidad es parte de un estado interno que tiene un comportamiento manifiesto, una lengua; y esta lengua puede ser evaluada, o medida, sólo a través del uso. De aquí que el habla, en cuanto modo de estar presente, ya sea a través de la palabra oral o escrita, constituye un comportamiento. En este caso, un comportamiento lingüístico, un modo de hacerse presente en el mundo frente a los otros, en un refluir recíproco que permitirá, comunicativamente hablando, consensualizar, validar las cosas reales de tal manera que se creen, en procesos mucho más complejos, universos simbólicos que puedan ser compartidos por ellos y transmitidos de generación en generación a través de la palabra. Dicho comportamiento incidirá ostensiblemente en el lenguaje, en el desarrollo de las capacidades léxicas lingüísticas y semánticas. Se sigue de lo anterior que la enseñanza de la lengua es esencial para la identificación de los individuos que participan de una realidad y comunidad lingüística determinada. Esto nos lleva a un segundo problema, la enseñanza de la lengua como factor basal para la identidad nacional. Por cierto que todas las comunidades enseñan su lengua, ya sea por procesos informales o formales a quienes participan en ella, pero los resultados no son del todo satisfactorios por cuanto la identidad nacional, en países como el nuestro, sigue siendo por negatividad y no por reconocimiento de sí mismo como integrante o perteneciente a una nación particularizada. Si bien no tenemos dudas de que la enseñanza de la lengua es un aspecto prioritario, el problema pareciera estar en los modos y maneras de esta enseñanza cuando la revisión de planes y programas de estudios en Enseñanza Media revela que el estudio de la lengua se reduce a lo instrumental, esto es al conocimiento del sistema lingüístico castellano, pero no al uso que permita el desarrollo de las capacidades lingüísticas y, a su vez, el desarrollo de capacidades cognitivas superiores que posibilitarán la identificación positiva con un grupo hablante preciso.

Sobre la base de lo expuesto, podemos aceptar que la enseñanza no debe escindir ese binomio lenguaje-lengua; esto es, que toda enseñanza de la lengua debe incorporar los significados como parte de los estados internos que refiere y no excluirlos en beneficio del conocimiento sistémico de ella. En otras palabras, uno de los desafíos para la construcción de la identidad nacional está dado por el desarrollo de las capacidades del lenguaje mediante la enseñanza de la lengua y los significados a los que la palabra nos refiere. Y cuando hablamos de significados ya estamos en el terreno de la literatura.

La literatura, y toda obra literaria en particular, mantiene esa unidad estructural entre lenguaje y lengua en cuanto evidencia, a través de lo manifestado lingüísticamente, el uso óptimo, extremo de todo sistema, de toda lengua; y en el plano del creador, de su habla en sus aspectos formales, vale decir, la objetivación literaria (lingüística) en la expresión de contenidos. Pero, del mismo modo, esta expresión de contenido nos remite a un contenido de la expresión, digamos a un universo de significados que se obtienen sólo en la relación que las palabras tienen entre sí y en relación al todo del mundo narrado. Así, inicialmente, estamos aceptando que la enseñanza de la literatura constituye otro de los aspectos fundamentales en la estructuración de la realidad; pero, en la práctica, también se ha escindido la relación de interdependencia absoluta entre lo expresado (lengua) y el contenido de lo expresado (lenguaje) o mejor aún entre comportamiento manifiesto y estado interno, entre cosas externas y cosas internas. Más aún si consideramos que el escribir creativamente y el leer literariamente son también comportamientos del mismo modo como lo es el uso particular que cada cual haga de la lengua. Por esta vía, llegamos al problema que planteamos con anterioridad: la enseñanza de la literatura, al igual que el de la lengua, en principio, debería fortalecer la formación de una identidad nacional, pero, en la práctica, no sucede así y cada vez se lee menos y peor. Por lo dicho, se constata que uno de los caminos para el fortalecimiento de la identidad es la enseñanza de la literatura. Pero, cómo enseñar literatura sin descartar uno de sus factores que la conforman, esto es contenido de la expresión y expresión de contenido; el primero íntimamente relacionado con los significados o estados internos; y el segundo ligado a la manifestación a través de la lengua de éstos. Adelantemos que todo proceso de creación literaria termina con la recreación de la obra que hace un destinatario ideal, esto es que todo proceso de creación literario se verifica como proceso de comunicación en cuanto el destinatario, en la recreación que hace de la obra, se modifica de igual manera como se modifica el creador con la creación de su objeto literario. En otras palabras, no es suficiente con el reconocimiento de las particularidades lingüísticas de una obra si se excluyen los contenidos como significados posibilitantes de ese uso particular de la lengua; pues, para nuestro propósito, la enseñanza de la literatura es, también, un factor que permite la estructuración de nuestra identidad nacional; y, en cuanto mundo narrado, es una proyección cultural de la realidad desde el cual fue creado.

La consideración de la lectura de la obra literaria como una situación comunicativa prioriza la aclaración de tres conceptos que serán fundamentales para la comprensión de toda situación humana, teniendo en cuenta, evidentemente, que la literatura no sólo lo es, sino que, también, junto con la reflexión filosófica, me atrevería a aseverar que son dos de las más importantes actividades que todo hombre pueda desarrollar, puesto que esta manifestación artística, desde la perspectiva que pretendemos asumirla, debe ser definida como un estudio de las posibilidades de ser del hombre. De igual manera, la obra literaria como producto, o resultado de la unión de varios momentos en un continuo temporal, tanto individual como colectivo, no se da aisladamente. Por el contrario, caracterizada así, debemos entenderla como una ordenación de momentos posibilitados respectivamente por los anteriores. A su vez, cada

uno de esos momentos no se ha dado por sí solo, sino que se van dando en relación a otras sucesiones de momentos temporales recíprocamente dependientes entre sí. Entendamos, entonces, que dentro de todo acto creativo coexiste un número indeterminado de otros procesos vitales que harán posible una obra literaria. En otras palabras, en ella se actualizará un número importante de momentos vitales individuales y colectivos que forman parte de una realidad, vale decir, de una cultura. Además, en consideración al carácter fundamental de todo proceso, esto es su continuidad, debemos tener en cuenta otra particularidad, los aspectos que dicen relación con lo inacabado de todo movimiento procesual. Entiéndase que éste no puede tener ni principio ni fin, sino sólo momentos unitarios que sí podemos, de algún modo, reconocer como momentos constituyentes del proceso de creación y recreación literarias que, a su vez, permitirán, sobre la base de su observación, un posterior estudio teórico, con el cual la obra y sus significados volverán constantemente a la realidad como cosas externas en pos de su institucionalización de tal modo que afectarán a las personas que se integran a ese grupo social, definiendo un modo particular de estar en el mundo, un comportamiento que reflejará una cultura, una particular sensibilidad que identificará, a su vez, a los individuos con quienes comparte esa realidad. Abiertos a toda crítica fundamentada, creo que la manera de abordar el estudio del mundo literario es partiendo de la consideración que, tanto la acción de crear y recrear una obra dada, debe ser abordada como una situación comunicativa de carácter interpersonal, que establecerá, por tanto, una interdependencia interactiva entre los dos sujetos que participan activamente en este proceso; esto es entre fuente y destinatario, entre creador y recreador. Así considerado, los contenidos de expresión pasan a formar parte del cúmulo referencial del recreador de tal manera de acercarlo, a través de la obra leída y comprendida, a la realidad que comparten. Hablamos de un acercamiento en cuanto identificación a través del mundo narrado, lo que se traduce en una ampliación de los referentes y, del mismo modo, en la redefinición de significados.

Si establecemos ciertos determinantes, y en atención a lo expuesto, estaríamos en condiciones de señalar seis de estos procesos que son confluyentes en toda elaboración de un discurso literario en su doble dimensión: lo que apunta a la creación misma, y lo que dice relación con toda recreación que de ella se haga:

- a) Formación de la realidad desde donde se escribe (realidad inmediata o cotidiana en la cual se inserta formalmente todo creador).
- b) Individuo que crea, proyectándose interpretativamente en el mundo creado, sujeto a la particular inserción dentro de su propia realidad inmediata (individualidad que no podrá ser desvinculada del objeto creado).
- c) Proceso de creación literaria propiamente tal o elaboración de una alteridad, mundo literario o arrealidad, que se sitúa como "realidad", intersubjetividad que tiene su punto de partida y referencial en la realidad objetiva
- d) Destinatario concreto de todo texto literario, individualidad lectora o recreador, quien, también, se proyecta interpretativamente, desde su propio contexto de realidad inmediata.
- e) Realidad desde la cual el destinatario reelabora la realidad literariamente dada (referenciada en la inmediata o cotidiana), distinta a la realidad en la cual se encuentra inserto el creador, pero que, formalmente, determina de igual manera a los sujetos que participan de ella.

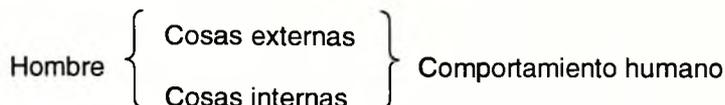
- f) Proceso de formación de la lengua con la dinámica que la caracteriza, y con las determinaciones propias del uso e historicidad de ésta. Factor que es importantísimo puesto que será, en definitiva, una realidad fundante; vale decir, elemento base para la construcción social de la realidad objetiva y, por supuesto, base también para la constitución de la individualidad creadora y recreadora, individualidad que permitirá, en primera instancia, la interpretación proyectiva que creador y lector hagan tanto de la realidad inmediata como del mundo narrado.

Dados estos aspectos podemos afirmar que una obra literaria no sólo es un proceso de creación artística, sino que, en ella, podemos contener sumativamente diferentes momentos de la historia y diferentes realidades de cada uno de los pueblos que se recrea y se recreará a lo largo del tiempo. En cada lectura se actualizará, en función de un lector, una cultura desde la cual fue creada y, a su vez, incorporará esas actualizaciones a la realidad desde la cual se recrea, situación que beneficiará, en cuanto une indisolublemente pasado, presente y futuro, consignando los elementos primordiales para la formación de la identidad nacional. Ahora, cuando hablamos de realidad, en palabras de Xavier Zubiri, ésta es una formalidad de realidad que se sustenta en el lenguaje, circunscrita a un tiempo y un espacio. Vale decir, conforma en los sujetos que la integran un punto de vista y una perspectiva que determinará un modo de estar en el mundo, un modo de estar presente en esa realidad, y este modo de hacerse presente es, en definitiva, un acto cultural, una particular sensibilidad que lo identifica y lo hace partícipe de una comunidad definida, situación que nos permite reconocer y reconocernos como parte de una nación; es decir, permite una identificación.

Ciertamente que el asociar cultura con sensibilidad, modo de estar en el mundo y realidad, además de establecer ya en el título de esta propuesta la unión e interdependencia de la lengua, la literatura y la cultura como aspectos estructurantes de la identidad nacional, nos obliga a aclarar cuál es el punto en que todos estos elementos coinciden y posibilitan una identificación con una comunidad o grupo social particularizado. Hemos señalado que todos estos aspectos identifican el comportamiento humano, como lo es el aprendizaje, la enseñanza, la experiencia, la comunicación, la creatividad. Todos en sí consignan la unidad indivisible entre presente, pasado y futuro; unidad que es un aspecto constituyente de éste. Por tanto, se nos hace imprescindible para la comprensión de esta ponencia aclarar en qué consiste comportarse humanamente y por qué este comportarse está sujeto a lo histórico.

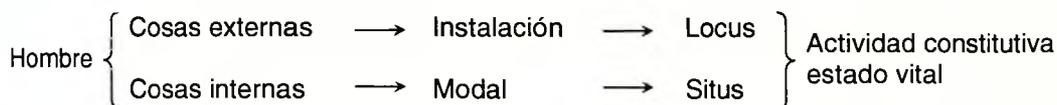
Desde luego, el punto de partida para comprender la confluencia de los aspectos consignados debemos buscarlo en el individuo que participa de estos procesos. Sin lugar a dudas, se da en la actividad que conocemos como comportamiento humano, pues, en él y a través de él, es donde se estructuran los demás aspectos. Revisemos, entonces, en qué consiste este comportarse, puesto que, sobre estos elementos estructurantes de esta actividad, podemos visualizar la conexión y el punto basal del proceso de identidad nacional; y, desde luego, el espacio concluyente y unitario de la lengua, literatura y cultura.

Toda *acción humana* es una actualización, esto es un acto, una presencia y apertura al mundo externo, hacia lo "real", hacia la realidad inmediata y cotidiana. Esta apertura es el fundamento del comportamiento humano. De allí que cuando hablamos de comportamiento humano, estamos hablando de un modo de estar en el mundo; y este modo de estar en el mundo queda determinado por dos aspectos que son fundantes en toda apertura al mundo real: comportamientos manifiestos y estados internos, cosas externas y cosas internas.



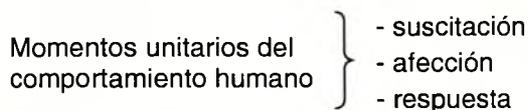
Cuando hablamos de cosas externas, estamos haciendo referencia al mundo externo objetivado socialmente, esto es a la realidad contenida en una lengua, vale decir, a todo aquello que tiene un carácter de existencia real otorgado a través del lenguaje; y a procesos comunicativos por medio de la exteriorización confrontada de experiencias individuales. Estas cosas externas permiten en el hombre la “instalación”, es decir, *el locus*. En cambio, las cosas internas van a posibilitar el aspecto *modal* de esa instalación, *el situs*.

De esta manera, todo viviente queda sujeto a esta relación que es una actividad constante y primaria. Relación que pasa a ser una actividad constitutiva, conformando, así, todo estado vital. Entonces:



Las cosas (internas y externas) modifican el estado vital, es decir, las cosas provocan una apertura volitiva en el viviente que lo obliga a responder. Con cada respuesta, el viviente adquiere un nuevo estado vital, esto es una nueva relación entre cosas externas-cosas internas. Las cosas modifican el estado vital y el viviente responde, con lo cual se adquiere un nuevo estado, que estructura un nuevo momento constituyente, un nuevo estado de quiescencia. De aquí que la interdependencia estado vital y cosas siempre se resolverá en un nuevo estado vital o actividad constitutiva.

De lo anterior se sigue que el comportamiento humano está conformado por tres momentos unitarios: a) suscitación, b) afección y c) respuesta.



Entonces, cuando hablamos de suscitación, estamos haciendo referencia al momento según el cual las cosas modifican el estado vital y mueven a una acción. Por afección se entiende la alteración del estado; alteración del tono vital, lo que se traduce en un momento de incertidumbre e implica una tensión hacia la respuesta adecuada. La respuesta está dada cuando se alcanza un nuevo estado, es decir, cuando se pasa a otro estado constitutivo, a una nueva quiescencia; esto es, cuando el viviente ha establecido una nueva relación entre cosas externas y cosas internas posibilitada por su desarrollo de las competencias léxicas, lingüísticas y semánticas.

Cuando se habla de estado, no se está haciendo referencia a algo estático, puesto que el viviente es constitutivamente activo; involucra un equilibrio dinámico, una actividad en quiescencia.

Los caracteres de este equilibrio están dados, por un lado, por el dinamismo reversible que, formalmente, implica toda respuesta en cuanto vuelve a re-establecer un estado vital; la respuesta afectora restablece el equilibrio alterado por la suscitación; y, por otro lado, está la modificación por ampliación o retracción que, en todo caso, está provocada por modulación. Modificación que constata el comportarse.

De allí que todo estado vital es quiescencia de un equilibrio dinámico reversible y modificable. Reversible, en cuanto se destruye una relación; ésta debe ser inmediatamente reemplazada por otra en el plano formal, pero irreversible en cuanto su contenido, como modificación internalizada, acompaña al viviente de por vida.

Las vertientes de esta actividad (comportamiento) están posibilitadas, por un lado, por lo que dan las cosas entre las que el viviente se encuentra situado; el viviente es, en alguna medida, independiente de las cosas y ejerce un control específico sobre ellas; por otro lado, en su comportamiento, el viviente expresa que es, en sí mismo, una actividad que va dirigida hacia sí mismo, es decir, una autoposesión. Estas dos vertientes van a constituir formalmente la actividad vital. De aquí que toda actividad vital, entonces, sea un autoposeerse y esta autoposesión va a traducirse en una mediatización.

- La autoposesión está siempre mediada y, aquí, además, mediatizada por las cosas. “Esta mediación es justo el comportamiento”.
- “El viviente se posee a sí mismo mediante su comportamiento”. Esta actividad es procesual y, por tanto, acumulativa.

Un viviente jamás está en un estado fijo, va recibiendo continuas suscitaciones que lo llevan de un estado a otro; por lo tanto, toda actividad está siempre en transición, en decurrencia. Pero, esta decurrencia no consiste formalmente en el proceso de suscitación-afcción-respuesta. Consiste formalmente en un proceso de estados. De aquí resulta que la existencia (vida) humana no es mera decurrencia, sino *autoposesión en decurrencia*.

Por cierto que toda relación entre cosa externa y cosa interna viene dada por las relaciones que, con anterioridad, todo individuo, a lo largo de su vida, ha realizado (experiencia vital) y ya forman parte de su naturaleza individual (cúmulo experiencial), internalizadas en términos de lenguaje. Por tanto, el comportamiento ya no es sólo una autoposesión en decurrencia, sino que, además, es proyectivo. Una vez incorporada al cúmulo experiencial (esencia individual, comportamiento, modo de estar en el mundo), esta nueva relación va a determinar las futuras relaciones que el viviente pueda estructurar, como respuesta a nuevas suscitaciones que las cosas le impongan. De aquí que, también, el comportamiento tenga un carácter prospectivo. En definitiva, entonces, el comportamiento humano es una autoposesión en decurrencia, proyectiva y prospectiva. Así, queda dar respuesta a los elementos de la autoposesión. Entonces, deberíamos preguntarnos: a través de qué podemos realizar esta autoposesión y de qué depende la calidad de esta autoposesión. Sin lugar a dudas, deberíamos aceptar que ésta sólo es posible en términos de lenguaje. Por lo cual, la calidad de esta autoposesión y, por ende, del comportamiento va a depender, fundamentalmente, del desarrollo de las competencias léxicas, lingüísticas y semánticas. De esta aseveración se desprende que a mayor desarrollo de competencias, hay mayor calidad en la autoposesión y, por tanto, mayor satisfacción en el comportarse, pues éste se hace más libre y verdadero. En relación a nuestro objetivo, este autoposeerse permite la acción cultural.

Esta autoposición prospectiva, proyectiva y decurrente que es constituyente de toda individualidad es posible dentro de una realidad y posibilitada por el lenguaje, y como comportamiento se verifica en la modificación del individuo. Pero, al igual que las actividades anteriores, se funda sobre la experiencia anterior. Por ello, debemos insistir en la experiencia en cuanto uso de una lengua en particular; y, en el caso de lectura literaria, en la capacidad desarrollada en lecturas anteriores que facilite la comprensión de las obras leídas, esto es en los referentes literarios y culturales que permitirán la comprensión de ella.

Cada integración de cosas externas o cosas internas se verifica en el cambio de comportamientos. La integración de objetualidades, a través de la lengua, se traduce en una modificación, del mismo modo que la integración de cosas internas, a través de la experiencia directa con las cosas. El mismo resultado se obtiene de todo proceso de enseñanza-aprendizaje, comunicación, experiencia y lectura. Por lo tanto, podemos aceptar que todo proceso de identificación parte del comportamiento, más aún si consideramos que la experiencia, en cualquiera de sus dimensiones, también está sujeta al lenguaje. La calidad de la experiencia dependerá del desarrollo de las competencias del lenguaje, pues sin éstas no hay posibilidad de darle forma ni cabe la posibilidad de exteriorizarlas de tal manera que se validen en una comunidad determinada. Validación que resulta fundamental al hablar de identificación nacional.

Periculum (-clum) -Is.: Prueba, experimento, ensayo, sentido antiguo (Plt.). Residuo clásico en *periculum facere*, cf. Cic. "dougér, péril" sentido más frecuente en la época clásica, cuya evolución ha estado favorecida por la aproximación con *perere*; el sentido de "ensayo, prueba" está reservado a experimento. En la lengua del derecho, "proceso", *acta*.

(Maillet, op. cit., p. 498).

La experiencia, referida a la vida del hombre, dice relación con la práctica adquirida en el vivir, cúmulo experiencial propiamente tal, conocimiento vital. Pero, para establecer una diferencia entre las acepciones que se desprenden del formante, la experiencia es única e indivisible y sólo podemos entenderla en esa unidad; puesto que si la abordamos escindidamente estaríamos reduciéndola a una mera actividad, y, con ello, desconoceríamos o negaríamos el valor del conocimiento significativo que incidirá de por vida en el cómo situarnos en el mundo. Este cómo situarnos en el mundo es una posibilidad cultural que refleja ese estar sujeto a una identidad. Por tanto, este estar permite el reconocimiento y la identificación.

Ahora bien, si ya en el plano conceptual hemos establecido ciertas pautas de comprensión, veamos entonces cuáles son los momentos formantes de todo proceso de experiencia:

- 1º Suscitación propiamente tal, vale decir la capacidad que todo organismo vivo tiene de responder al medio externo; en el viviente humano al mundo real a través de uno de los sentidos (Inteligencia Sentiente, según Zubiri).
- 2º Formalización o contextualización de la suscitación inicial, es decir, incorporar los demás sentidos a la suscitación real que implica toda apertura, de tal modo que ésta pueda ser formalizada.
- 3º Significación y valoración de la suscitación real formalizada, actividad que se realiza desde un cúmulo experiencial, determinado por el contexto cultural (realidad inmediata) en el cual se inserta todo individuo.

- 4° Integración o interiorización de las significaciones y valoraciones de la suscitación formalizada. Vale decir, registro de las significaciones y valoraciones en su propio cúmulo experiencial. Proceso que sólo es posible de realizar a través de una lengua en particular.
- 5° Actualización opcional de la suscitaciones formalizadas, significadas y valoradas; es decir, traerlas a presencia por medio del nombre cada vez que se les mente.

Se desprende de lo expuesto que ya, en la etimología misma de la palabra, se advierten las dos acepciones a las que, desde sus orígenes, este nombre ha referido. Por un lado, la actividad externa, con las cosas externas, objetiva, observable, perceptible y medible; esto es cuantificable y con un carácter empírico, carácter que definirá a las ciencias fácticas o positivas. El *experimentar* es lo que generará el conocimiento científico. Por otro lado, también considera la actividad interna no observable y sin posibilidad de ser cuantificada, mas no por eso menos importante, y que genera otro tipo de conocimiento que será integrado como parte esencial de todo individuo y que lo afectará de por vida. Este conocimiento, a su vez, se evidenciará en su comportamiento y será este conocimiento el que permita la actividad externa. En otras palabras, este conocimiento es el “significativo o moral”, el *experimentar* que posibilitará todo experimento. Nos resta decir que la tendencia pragmática ha escindido estos dos aspectos de la experiencia, prestando atención sólo a la actividad externa y desconociendo el valor de la actividad interna. Para nosotros, ambos aspectos no pueden ser separados, puesto que están en una estrecha relación de interdependencia y se potencian recíprocamente; definiendo en esa interrelación entre conocimiento significativo y su respectiva manifestación, el carácter de la identificación nacional.

Nos resta decir que la lengua, la literatura y en general la cultura son aspectos estructurantes de toda identidad nacional en tanto mantengan la unidad indisoluble entre los factores externos e internos. En el caso de la lengua, lo sistémico y el conocimiento (saber) significativo que ella contiene. En el caso de la literatura, la expresión de contenido en cuanto identifica a una comunidad lingüística a través del uso de una lengua en particular. El contenido de la expresión es un cúmulo de conocimiento significativo de todo un pueblo que se actualiza con la lectura de una obra literaria; y, a la vez, actualiza la cultura en la que se sostiene, la realidad externa. En otros términos, entre las cosas externas que cada individuo hace suyas y que modifica y modificará constantemente a quien se abre al mundo y a los otros. Del mismo modo, cómo funciona el comportamiento: autoposición en decurrencia, prospectivo y proyectivo, la cultura mantiene ese dinamismo y su proceso de formación se desarrolla de igual manera. Por ello, toda acción de identificación nacional pasa por la posesión de ésta y por la autoposición que el individuo, inserto en ella, haga. Esto sólo es posible en términos de lenguaje y en el refluir recíproco entre quienes participamos y compartimos comunicativamente un tiempo y un espacio. Toda enseñanza de la lengua y de la literatura que no considere las dos dimensiones señaladas, difícilmente contará con sujetos identificados, digamos con una identidad nacional, de modo tal que puedan defenderla de la globalización e identificarse positivamente con un grupo o comunidad particular y diferenciada.

BIBLIOGRAFÍA

Gadamer, Hans-Georg (1999): *Verdad y método*. Salamanca, Sígueme.

Zubiri, Xavier (1995): *Estructura dinámica de la realidad*. Madrid, Alianza.

Zubiri, Xavier (1998): *Sobre el hombre*. Madrid, Alianza.